



Fiesta de Santa Teresa de Jesús 2010

Celebramos este año la fiesta de Santa Teresa, patrona de la Diócesis de Salamanca, en el contexto espiritual de la Jornada Mundial de la Juventud, que tendrá lugar en Madrid del 16 al 21 de agosto de 2011, y en la cercanía de la visita a nuestra Diócesis de la Cruz de los Jóvenes y del Icono de María, desde el 27 al 31 de este mes.

Junto con estos signos va llegando sucesivamente a los jóvenes católicos de todas las diócesis de España la ardiente invitación del Papa a permanecer *“Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”* (cf. Col 2,7). Este el lema de la cercana Jornada Mundial de la Juventud.

En su mensaje para la Jornada, el Papa se ha hecho eco de las aspiraciones de muchos jóvenes a construir relaciones auténticas de amistad, a conocer el verdadero amor, a fundar una familia unida y a adquirir la estabilidad personal y la seguridad real que puedan garantizar un futuro sereno y feliz. Desear algo más que la realidad cotidiana de un empleo seguro, y sentir el anhelo de lo que es realmente grande, forma parte del ser joven. El deseo de lo que es más grande es un signo de que Dios ha creado al hombre a su imagen y tiende a Él como a su meta; nuestro corazón estará inquieto hasta que descansa en Él. Desde esta convicción nos parece un contrasentido la pretensión de eliminar a Dios para que el hombre viva.

Relativizar la verdad sobre Dios y sobre el hombre no genera libertad verdadera, sino desorientación, inseguridad, inestabilidad y conformismo con las modas del momento. Por ello, el Papa invita a los jóvenes a intensificar su camino de fe y a permanecer *“Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”* Como el árbol plantado junto al agua, como la casa edificada sobre roca, con la fortaleza y la alegría de la fe, que el Espíritu Santo regala a los discípulos para permanecer fieles en medio de las dificultades en el camino del Evangelio.

A los hermanos de Colosas, tentados por ideas contrarias al Evangelio, el apóstol Pablo les recordó el poder de Cristo muerto y resucitado. Este misterio es el fundamento de nuestra vida, el centro de la fe cristiana. Todas las filosofías que lo ignoran, considerándolo "necedad" (1 Co 1, 23), muestran sus límites ante las grandes preguntas presentes en el corazón del hombre.

En nuestro tiempo hay una fuerte corriente de pensamiento que quiere apartar a Dios de la vida de las personas y de la sociedad. Pero la experiencia enseña que el mundo sin Dios se convierte en un "infierno", donde prevalece el egoísmo y sus consecuencias negativas en todos los ámbitos de la vida personal y social.



Carlos López Hernández

Para confirmar a los jóvenes en la fe, el Papa les habla al corazón y les dice: “Queridos amigos, la cruz a menudo nos da miedo, porque parece ser la negación de la vida. En realidad, es lo contrario. Es el "sí" de Dios al hombre, la expresión máxima de su amor y la fuente de donde mana la vida eterna. De hecho, del corazón de Jesús abierto en la cruz ha brotado la vida divina, siempre disponible para quien acepta mirar al Crucificado. Por eso, quiero invitaros a acoger la cruz de Jesús, signo del amor de Dios, como fuente de vida nueva. Sin Cristo, muerto y resucitado, no hay salvación. Sólo Él puede liberar al mundo del mal y hacer crecer el Reino de la justicia, la paz y el amor, al que todos aspiramos”.

Muchas personas sienten hoy dificultad de acceder a Jesús, en los varios grados en los que se va realizando el proceso de la búsqueda y del seguimiento. Los que nos sentimos dichosos de creer sin haber visto físicamente al Señor, experimentamos que la Iglesia nos acerca al Señor. Comprendemos que nuestra fe personal en Cristo, nacida del diálogo con Él, está vinculada a la Iglesia: no somos creyentes aislados, sino miembros de esta gran familia; la fe profesada por la Iglesia asegura nuestra fe personal.

En la historia de la Iglesia, los santos y los mártires han sacado de la cruz gloriosa la fuerza para ser fieles a Dios hasta la entrega de sí mismos. Hoy nosotros queremos buscar en la enseñanza y el testimonio de vida de Teresa de Jesús la luz y el amor necesarios para interiorizar como ella y hacer vida la sabiduría de la cruz. Sólo de esta forma podremos ser para nuestros jóvenes testigos auténticos que aseguran su fe, tantas veces vacilante.

Santa Teresa adquirió la experiencia de la necesidad de la meditación sobre los misterios de la humanidad de Cristo. **«Veo yo claro (y he visto después) que, para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta humanidad sacratísima... Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes; él lo enseñará. Mirando su vida, es el mejor dechado»** (V 22, 6. 7).

La humanidad de Cristo es la revelación del amor de Dios. Con palabras tajantes la Santa afirma la necesidad de meditar constantemente en los misterios de la humanidad de Cristo, traer su compañía, gozar de su presencia. La debilidad del hombre necesita encontrar siempre en Cristo un eco a sus sentimientos, un refugio en sus deficiencias, porque **«es muy buen amigo Cristo, porque le miramos hombre y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía»** (V 22, 10).

En su meditación sobre los misterios de la vida de Cristo tuvo Teresa al Señor mismo por maestro. Y ella lo recuerda con frecuencia en sus escritos: **«Su Majestad fue siempre mi maestro»**; **«entendí que, si el Señor no me mostrara, yo pudiera poco con los libros deprender, porque no era nada lo que entendía hasta que su Majestad por experiencia me lo daba a entender, ni sabía lo que hacía»** (V 22, 3).

Más todavía; Cristo fue para Teresa su libro vivo. Así lo manifiesta la Santa con ocasión del índice de libros prohibidos en el año 1559: **«Cuando se quitaron muchos libros de**



romance, que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos, y yo no podía ya...; me dijo el Señor: “No tengas pena que yo te daré libro vivo» ... “Ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca o casi ninguna necesidad he tenido de libros. Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar! ¿Quién ve a el Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones, que no las abraze y las ame y las desee?...» (V 26, 6).

Esta última afirmación parece un eco autobiográfico. Recordemos que la contemplación de una imagen de Cristo muy llagado fue el inicio de la más intensa conversión de Teresa al amor de Cristo.

La propia experiencia lleva a Teresa a aconsejar a todos que se dejen enseñar por este maestro celestial, pues Él sigue ofreciéndonos su enseñanza de formas diversas.

Ante todo, en la palabra de la Sagrada Escritura. La Santa dice que ha escuchado de boca de Cristo palabras fuertes como éstas: «**Todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad; no faltará una tilde de ella**» (V 40, 1) . Por ello, Teresa está dispuesta a morir mil muertes «**por cualquier verdad de la sagrada Escritura**» (V 33, 5). Y nos deja claro su amor al Evangelio, cuando afirma: «**Siempre yo he sido aficionada y me han recogido más las palabras de los evangelios que libros muy concertados**» (CV 21,4).

A través de la lectura de los Evangelios Teresa ha sido llevada por el Señor a la comprensión de los misterios de su humanidad y a la contemplación de Cristo como su libro vivo. Y, en todo caso, la Santa nos deja claro que el encuentro con Cristo se realiza a través de su presencia sacramental actual: “**No hombre muerto, sino Cristo vivo; y da a entender que es hombre y Dios. No como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado**” (V 28, 8).

Y Teresa nos aclara cómo la meditación de la pasión se puede prolongar con facilidad, cuando el ánimo del orante lo requiera, en la contemplación del resucitado en el sacramento, donde está glorificado: “**Pues, si todas veces la condición o enfermedad, por ser penoso pensar en la pasión, no se sufre ¿quién nos quita estar con él después de resucitado, pues tan cerca lo tenemos en el Sacramento, donde está ya glorificado, y no le miraremos tan fatigado y hecho pedazos, corriendo sangre, cansado por los caminos, perseguido de los que hacía tanto bien, no creído de los apóstoles**”(V 22, 6).

Teresa sabe por experiencia que Cristo es el Maestro que enseña a orar y el amigo presente que nos introduce en el misterio de su oración y de su vida. Desde su experiencia, la Santa es para nosotros maestra en el camino hacia la perfección de nuestra Vida en Cristo.



Su experiencia del misterio de Cristo se hizo más intensa a partir del año 1572, en el que recibió la gracia conocida con el nombre de matrimonio espiritual. Teresa vive en Cristo, convive con él, goza de su presencia, de sus palabras, de la visión de su rostro. Unos cuantos testimonios de carácter autobiográfico nos acercan a esta vivencia:

« Viénenme días que me acuerdo infinitas veces de lo que dice san Pablo -aunque a buen seguro que no sea así en mí-, que ni me parece vivo yo, ni hablo, ni tengo querer, sino que está en mí quien me gobierna y da fuerza, y ando como casi fuera de mí». (CC 3ª, 10). “Vivo sin vivir en mí”, cantará Teresa en su conocido poema.

El Domingo de Ramos de 1571 se siente llena de la sangre de Cristo y escucha estas palabras: **«Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózaslo tú con gran deleite, como ves; bien te pago el convite que me hacías este día»** (CC 12ª, 1).

Pocos días después recibe la gracia de ser consolada con la visión de las llagas del resucitado: **«Después de comulgar, me parece clarísimamente se sentó cabe mí nuestro Señor y comenzóme a consolar con grandes regalos, y díjome entre otras cosas: Vesme aquí, hija, que soy yo; muestra tus manos; y parecíame que me las tomaba y llegaba a su costado, y dijo: Mira mis llagas; no estás sin mí, pasa la brevedad de la vida»** (CC 13ª, 10).

Esta contemplación gozosa de las llagas del resucitado le lleva a Teresa a proclamar:

En la cruz está la vida
y el consuelo,
y ella sola es el camino
para el cielo.

En la cruz está el Señor
de cielo y tierra,
y el gozar de mucha paz
aunque haya guerra.

Todos los males destierra
en este suelo:
y ella sola es el camino
para el cielo.

...

Es la cruz el árbol verde
y deseado
de la Esposa, que a su sombra
se ha sentado
para gozar de su Amado,



el Rey del cielo:
y ella sola es el camino
para el cielo.

El alma que a Dios está
toda rendida,
y muy de veras del mundo
desasida,
la cruz le es “Árbol de Vida”
y de consuelo:
y un camino deleitoso
para el cielo.

Después que se puso en cruz
el Salvador,
en la cruz está la gloria,
y el honor;
y en el padecer dolor,
vida y consuelo,
y el camino más seguro
para el cielo.

El culmen de las gracias recibidas por Teresa es la experiencia del matrimonio espiritual, acaecida en noviembre de 1572, en el Monasterio de la Encarnación, en Ávila, después de recibir la comunión de manos de san Juan de la Cruz. Así lo refiere la Santa: **“Entonces representóseme por visión imaginaria, como otras veces, muy en lo interior, y diome su mano derecha y díjome: Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy, hasta ahora no lo habías merecido; de aquí adelante, no sólo como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía: mi honra es tuya y la tuya mía»** (CC 25^a).

Cuatro años más tarde, recibe la confirmación de esta gracia y oye de labios de Cristo esta declaración: **“Ya sabes el desposorio que hay entre ti y mí, y habiendo esto, lo que yo tengo es tuyo, y así te doy todos los trabajos y dolores que pasé y con esto puedes pedir a mi Padre como cosa propia”**. La Santa comenta: **“Desde entonces miro muy de otra suerte lo que padeció el Señor, como cosa propia, y dame gran alivio»** (CC 50^a).

También esta experiencia encuentra reflejo en los versos de Teresa en honor de la cruz redentora:

Cruz, descanso de mi vida:
Vos seáis la bien venida.
¡Oh bandera, en cuyo amparo
el más flaco será fuerte!



¡Oh vida de nuestra muerte!,

...

Quien no os ama, está cautivo
y ajeno de libertad;
quien a Vos quiere allegar,
no tendrá en nada desvío.

...

Vos fuistes la libertad
de nuestro gran cautiverio;
por Vos se reparó el mal
con tan costoso remedio.
Para con Dios fuiste medio
de alegría conseguida:
Vos seáis la bien venida.

Cristo se le aparece a Teresa en la comunión resucitado y glorioso y le hace sentir su participación en la vida divina: **“Un día, acabando de comulgar, me pareció verdaderamente que mi alma se hacía una cosa con aquel cuerpo sacratísimo del Señor, cuya presencia se me representó; y hízome gran operación y aprovechamiento»** (CC 39^a).

Teresa vive estas sublimes gracias con sencillez y realismo. Las gracias místicas le hacen sentir deseos de la vida eterna; el amor a Cristo la lleva a concretar la unión con él en el amor al prójimo y en el servicio de la Iglesia. Todo su padecer se transfigura desde una vivencia de amor a Cristo. Escribe la Santa: **«Estaba pensando cuán recio era el vivir que nos privaba de no estar así siempre en aquella admirable compañía, y dije entre mí: Señor, dadme algún medio para que yo pueda llevar esta vida. Díjome: Piensa, hija, cómo después de acabada no me puedes servir en lo que ahora, y come por mí y duerme por mí, y todo lo que hicieres sea por mí, como si no lo vivieses tú ya, sino yo, que esto es lo que decía san Pablo»** (CC 42^a). A la luz de este texto hay que entender la tan conocida frase de Teresa: **“Cuando la obediencia os trajere empleadas en cosas exteriores, entended que, si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y exterior”** (F 5, 8).

En este sublime realismo sobrenatural discurre la vida de Teresa hasta el momento de su muerte, en el que hace suya la oración de la esposa del Apocalipsis y exclama: **“Ven, Señor Jesús”, “ya es hora, Esposo mío, que nos veamos”**.

En el Mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud, el Papa ha dicho a los jóvenes: “También para nosotros es posible tener un contacto sensible con Jesús, meter, por así decir, la mano en las señales de su pasión, las señales de su amor. En los Sacramentos, Él se nos acerca de modo particular, se nos entrega. Queridos jóvenes, aprended a “ver”, a “encontrar” a Jesús en la Eucaristía, donde está presente y cercano hasta entregarse como alimento para nuestro camino; en el Sacramento de la Penitencia, donde el Señor manifiesta su misericordia ofreciéndonos siempre su perdón. Reconoced



Carlos López Hernández

y servid a Jesús también en los pobres y enfermos, en los hermanos que están en necesidad y necesitan ayuda. Entablad y cultivad un diálogo personal con Jesucristo en la fe.”

Y, para terminar, les ha asegurado que Cristo quiere afianzarlos en la fe por medio de la Iglesia. “La elección de creer en Cristo y de seguirle no es fácil. Se ve obstaculizada por nuestras infidelidades personales y por muchas voces que nos sugieren vías más fáciles. No os desaniméis, buscad más bien el apoyo de la comunidad cristiana, el apoyo de la Iglesia.”

Las comunidades cristianas de Salamanca ¿seremos capaces de ofrecer a los jóvenes este apoyo en su fe y seguimiento de Cristo? Para hacerlo necesitamos aprender antes a practicar el programa de vida que el Papa ha propuesto a los jóvenes; y necesitamos que nuestra patrona nos alcance del Señor la gracia de seguirle con la misma fe y amor con que ella le siguió. Por eso hoy le pedimos con confianza: Teresa de Jesús, ayúdanos a vivir en Cristo; enséñanos el amor.

Alba de Tormes, 15 octubre 2010